

## TECHO DE ESPEJOS.

Fue hace años, cuando Marisa escuchó por televisión, el concepto “Techo de cristal”. Hablaban sobre el sueldo inferior de las mujeres, respecto a los hombres, en la misma actividad; sentía la injusticia y sabía la suerte que ella había tenido. Conocía los impedimentos para ascender laboralmente una mujer, pero no sabía que se llamaba “Techo de cristal”.

Se preguntaba ¿Por qué lo llamarían “Techo de cristal”? Sería porque es transparente, porque nadie lo ve o porque el cristal es una barrera de contención... Ella, no tuvo que luchar por la equiparación de su sueldo, ni por ascender como otras compañeras. Su lucha fue interna. ¿Habrá algún techo para el acoso? ¿Podría haber un techo en positivo? ¿Cómo podría evitarse el acoso? Quizás...si pudiéramos vernos cuando nos acosan; si pudieran verse los espectadores, silenciosos y cómplices, necesarios cuando esto pasa... ¿ocurriría?

¿Cómo se llamaría el poder verse y que nos vieran? ¿Cómo podría llamarse, ese ejercicio de empatía visual? Marisa lo supo, se llamaría el “Techo de espejos”. Sí, un cielo de espejos, como en los que casi todas nos hemos mirado alguna vez.

Cuando se rompe un espejo, no tiene arreglo; saltan esquirlas que salpican todo, otras veces, queda fracturado como una telaraña. Sentía que igualmente pasaba con el acoso cuando se sufría. El acosador rompe lo más íntimo de la persona, la seguridad. Cuando hay acoso, ese “Techo” de espejos estaría roto. Pareciera que nadie nos ve, que estamos solas, que las heridas nos cortan en silencio.

Marisa imaginaba cómo hubiera sido, haber podido verse en él, ver la inseguridad, el miedo, la humillación, la soledad y la vergüenza, mucha vergüenza; que sintió. El acoso se escuchaba, se notaba en su rostro y en la falta de libertad de su actitud. Pensaba si el haber podido verse, le hubiera dado el valor que le faltó. El acoso nunca ha sido invisible, sólo, no se le ha querido ver. En ese “Techo” los acosadores se reflejarían, serían visibles para todos y todas. ¡Si ello fuera posible!... ¿Actuarían así, sin ese encubrimiento colectivo?

Marisa hacia memoria de cómo había cambiado todo. Se veía, haciendo las prácticas antes de pasar a fija. En 1985 aprobó una oposición pública. La

convocatoria comprendía varias pruebas eliminatorias: Examen de temario; supuestos; y entrevista en Madrid con un tribunal. Si las pasabas, hacías un curso teórico y con prácticas de tres meses, también eliminatorio; las notas de los exámenes del curso, sumarían o restarían a la calificación de entrada. Recordaba cómo llegaba a la oficina, con el resto de compañeras del curso, con ilusión, con ganas. Distribuían a las alumnas con un “fijo” o “fija”, supuestamente, eran quienes nos enseñarían a trabajar. Había un compañero “graciosillo”, soltando todas las borderías posibles. Siempre imaginó que en su casa no le dejarían mascullarlas. Al llegar desde lo lejos, escuchaba: “La morenita para mí”. Marisa, sabía y temía que iba con ella.

¡Cómo le hubiera gustado poder decir! Con usted no me pongo. Mientras intentaba memorizar, datos que debía tomar, aplicaciones para trabajar, documentos a solicitar ... la letanía, a modo de hilo musical era: “Te comía esto... si me dejaran, te haría esto otro...vaya el culo que tienes” ...prefería recordar las finas.

Ahora, la joven de antes, sabe que esto que le sucedió era acoso. Hoy sabe que no lo consentiría. Hace poco más de treinta años, ella, sólo podía callar, sonreír en silencio y mirar al suelo. Al igual que el “Techo de cristal”, el acoso, existía y se aceptaba, aunque no se era consciente de ello. Marisa no sabía que le estaban acosando, sólo sabía que le tocaban las prácticas con un borde.

Rompieron su “Techo de espejos”, rompieron su seguridad, no veían como se sonrojaba, se avergonzaba y sentía desesperación, sin embargo, ella sí veía, cómo alguien disfrutaba creyéndose impune.

Fue María Jesús, DEP, una compañera fija, quien puso pies en pared, la que le calló la boca al que hoy sabía era un acosador, la que le defendió. Marisa fue incapaz de pedir respeto a ese cerdo. María Jesús arregló ese espejo roto que, como una telaraña en suspensión, la enredaba sin salida. Tapó la boca a quien no era capaz de mantenerla cerrada. Si existiera El “Techo de espejos”, reflejaría el acoso laboral que existe, existió y existirá. La joven Marisa entendió que somos nosotras, las mujeres, las que no debemos consentir que se nos falte al respeto. Gracias, María Jesús, por recomponer el Techo de espejos.

M.<sup>a</sup>. Carmen Pérez García.